

Biblioteca-Films

Selección **EL HOMBRE QUE RIE** 50 cénts.



**Conrad
Veidt**

**Mary
Philbin**

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16

B A R C E L O N A

EL HOMBRE QUE RÍE

Grandiosa producción Universal basada en la célebre novela de Víctor Hugo, interpretada por el formidable trágico de la pantalla

CONRAD VEIDT

por **C. GOTARREDONA**

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233

Barcelona

REPARTO:

Gwynplaine.....	CONRAD VEIDT
Dea.....	MARY PHILBIN
Irsus.....	CESARE GRAVIANA
osiana.....	OLGA BACLANOVA

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

La silenciosa figura de Portland Bill.

Un obstinado viento del Norte soplabá sin cesar por toda Inglaterra durante el mes de diciembre de 1689 y el de enero de 1690. De aquí aquel desastroso invierno que fué considerado "memorable" para los pobres.

Al anoecer de uno de los peores días de aquel mes de enero, en 1690, algo extraordinario ocurría en una de las inhospitalarias ensenadas del Golfo de Portland, pues las gaviotas graznaban y revoloteaban alrededor de las rocas, desusadamente.

Al fondo de la ensenada, una pequeña embarcación, casi tocando a la escollera—tan honda estaba el agua—se hallaba amarrada a un peñasco. Era una urca de Vizcaya, vieja clase de navíos que ya está en desuso.

Excepto algunas otras embarcaciones, arrinconadas en el mismo sitio, no se veía nada. En aquellos días las costas estaban deshabitadas y los caminos desiertos.

Sea cual fuere la apariencia que presentaba el tiempo, las personas que tenían que partir con la urca, acudieron puntualmente a la hora de salida. Formaban un grupo atareado y confuso, moviéndose apresuradamen-

te sobre los peñascos, en torno de la embarcación. Era difícil precisar si eran jóvenes o viejos; la obscuridad de la noche los confundía. Eran ocho, incluyendo dos mujeres.

Una pequeña figura rondaba alrededor de ellos. Era un chiquillo.

—Vamos — dijo uno con voz autoritaria.

Los demás obedecieron. Los que estaban en tierra saltaron al buque. El muchacho también quiso pasar, pero en cuanto hubo puesto los pies en la plancha, cortaron las cuerdas que la sostenían y la tabla cayó al agua. Las velas se hincharon, el timón empezó a funcionar, el buque se fué apartando de la costa... y el chico quedó en tierra.

El niño permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el barco, sin lanzar ningún grito, sin dar ninguna llamada.

¿Qué clase de hombres podían ser aquéllos que abandonaban así a un niño de nueve años? Eran "comprachicos" y huían de Inglaterra, expulsados por un decreto real. Los "comprachicos" comerciaban con niños: los compraban y los vendían. De los niños hacían monstruos. El vulgo necesita divertirse y los reyes también. El payaso se necesita en las calles y el bufón en la corte.

Entre los "comprachicos" había maestros en el arte de hacer un fenómeno de un hombre. Convertían sus caras en monstruosas caricaturas, impedían su crecimiento, deformaban sus miembros. Los "comprachicos" trabajaban un hombre lo mismo que los chinos trabajan un árbol. Podían desfigurar una cria-

turita de tal manera, que sus mismos padres no la reconocían. Algunas veces dejaban el cuerpo intacto y cambiaban solamente la cara. Desfigurar es mejor que matar.

Los fugitivos de aquella noche del golfo de Portland, eran "comprachicos". El niño abandonado era una obra monstruosa salida de sus manos. Por eso lo abandonaban: para borrar sus huellas.

II

El hallazgo

Su inesperado abandono debiera haber asustado al muchacho, pero no hizo el menor movimiento.

La figura del muchacho ofrecía un extraño contraste: de la cabeza hasta las caderas parecía un hombre, por la chaqueta que usaba. Llevaba un pañuelo anudado a la nuca, dejando al descubierto la nariz, los ojos y la frente.

Cuando la nave hubo desaparecido por completo en la densa oscuridad, el muchacho volvió en sí por vez primera. Delante de él se destacaba la inmensidad del Océano. Detrás de él, la escarpada escollera por donde los "comprachicos" le habían llevado. El sendero ofrecía el único medio de salvación.

De pronto, como habiendo tomado una resolución inquebrantable, volvió la espalda al mar y empezó a escalar el sendero con la agilidad de la ardilla.

Poca nieve había por aquella parte del monte peñascoso. Al fin, llegó a lo alto, con los pies y las manos horriblemente helados. La pujante fuerza del viento casi le quitó la respiración.

Con gran dificultad avanzó por el sendero. No había comido nada desde hacía seis horas y no tenía nada para calmar el hambre. No le quedaba otro remedio que andar, andar...

Anduvo mucho trecho. Luchaba con la nieve y el viento. Medio muerto de hambre, medio helado y completamente solo; pero siempre avanzaba. Varias veces estuvo a punto de despenarse.

De repente, sus pies tropezaron con algo y ese algo dejó escapar un débil gemido, en apariencia humano. Con terror, pero al mismo tiempo con un sentimiento de consuelo, el chico empezó a mirar a través de la nieve, buscando algún ser viviente. El gemido no se repitió hasta que sus pies volvieron a posarse en el mismo sitio. Avidamente empezó a remover la nieve.

Hizo un agujero. Por el agujero apareció una pálida figura; pero el sonido no procedía de aquella cara inmóvil, cuyos ojos estaban cerrados y la boca abierta, llena de nieve.

El muchacho prosiguió removiendo la nieve. Al cabo de poco, sintió que algo se movía dulcemente bajo sus manos. Admirado, descubrió el cuerpo de una débil criatura, que lloraba, cubierta de harapos, sobre el pecho de la mujer muerta. Parecía una criatura de cinco o de seis meses.

Tomó la niña en sus brazos. Tiernamente, se desabrochó su chaqueta y volvió a cerrarla, abrigando con su cuerpo a la débil criatura.

Después de mirar compasivamente a la madre muerta, el muchacho, con su nueva carga encima, echó a andar de nuevo.

Habían pasado seis horas completas desde la partida de la urca vizcaína cuando vislumbró un grupo de chimeneas y algunas luces a través de la nieve. De momento, el chico no se atrevía a creerlo, pero la esperanza nunca falta a los jóvenes, y en su condición desesperada, nada más natural que creyera en la proximidad de alguna habitación humana.

Pronto llegó a los arrabales de una ciudad. Empezó a caminar por una calle, pero en las casas no brillaba ninguna luz y no salía humo de las chimeneas. De todos modos, esto no acobardó al chico.

Llamó a una; primero, dulcemente; después, con furia y sin parar. No obtuvo ninguna respuesta. Si los habitantes le oían, hacían el sordo y se dirigió a otra, pero tampoco le respondieron.

Cuando dieron las tres en el reloj de la villa, el muchacho estaba pensando en volverse a la escollera; pero el ruido de las campanadas despertó a su pequeña carga y se decidió a seguir otro rumbo.

En vez de dirigirse al centro, se dirigió hacia la salida del pueblo. Al volver una esquina, distinguió un objeto que parecía un al-



—¡Vamos!

bergue: era una carreta o una cabaña. En el techo había una chimenea y de la chimenea salía humo. Este humo era rojo, lo cual demostraba que en el interior había un buen fuego.

Se acercó a la puerta. Percibió un extraño y alarmante castaño de dientes. Luego se produjo un ruido seco, como de cadenas tiradas violentamente, y seguidamente aparecieron por debajo de la carreta, junto a la escalera, dos afiladas hileras de dientes, por los que salió un rugido amenazador.

III

Ursus, el filósofo

—¡Cállate!—exclamó una voz, al mismo tiempo que por un estrecho postigo de la puerta de la carreta asomaba una cabeza con los pelos largos y revueltos.

Los rugidos cesaron.

—¿Hay ahí alguien?—interrogó la voz.

—Yo—contestó el niño.

—¿Y quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—Estoy cansado—gimió el muchacho.

—¿Qué hora es?

—Tengo frío.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo hambre.

—Todo el mundo no puede ser feliz como un lord. ¡Vete a paseo!—dijo el de adentro, cerrando el postigo.

El pequeño inclinó la cabeza al ver disi-

parse la única esperanza y se dispuso a alejarse.

Cuando ya se hallaba vuelto de espaldas, abrióse la puerta y se asomó un hombre de pequeña estatura.

—Bueno, ¿por qué no entras?—gritó cólerico.

El niño se aproximó; pero, temeroso, se quedó inmóvil.

—¡Te digo que entres, bribón!—insistió el de arriba.

Demasiado exhausto para profundizar esta extraña mezcla de desdido e invitación, el chico penetró en la carreta.

Por medio de la incierta claridad del fogón en el que había puesta a cocer una cacerola, el niño pudo distinguir los muebles y accesorios de la extraña vivienda.

Cada espacio estaba ocupado por raros utensilios, hierbas y libros. Una caja, cubierta con una piel de oso, llenaba un rincón del aposento. En el techo había escritas, con gruesos caracteres, estas dos palabras: "Ursus - Filósofo".

El chico acababa de entrar en la vivienda de Homo y Ursus. Al uno le acababa de oír gruñir. Al otro le acababa de oír hablar. Ursus era un hombre. Homo era un lobo. El lobo no mordía jamás. El hombre, algunas veces. Pero ambos congeniaban. El hombre y el lobo iban asociados a las ferias, fiestas de pueblo, a los rincones de calle donde los transeúntes se paraban, y en todos los sitios don-

de la gente parece tener necesidad de perder el tiempo.

El muchacho se fijó en el hombre. Era rechoncho, tranquilo, de rostro arrugado y viejo, vestido de gris.

—Entra—dijo el viejo, abriéndole paso.

El niño penetró.

—Deja ahí ese paquete.

El muchacho dejó "su paquete" con mucho cuidado encima de la caja, sobre la piel de oso, temeroso de que se despertara.

El viejo, que observó esta operación, exclamó:

—¡No lo dejarías con más cuidado si fuera un relicario. ¿Tienes miedo de estropear tus harapos? ¡A estas horas por la calle! ¡Despreciable vagabundo! ¿Quién eres? Pero no... Acudamos primero a lo más urgente: ya que tienes frío, caliéntate.—Y lo arrastró junto al fogón.

—¡Qué mojado estás! ¡Estás helado! ¡Bonito traje para entrar en una casa! ¡Ven, sácate estos pingos, villano!

Mientras con una mano y con febril impaciencia le arrancaba los andrajos, hechos girones, descolgó con la otra una camisa de hombre que pendía de un clavo y una chaqueta de punto.

—Vamos, aquí tienes ropa.

Calentó cerca del fuego los miembros del sorprendido muchacho, que en aquel momento, desnudo y caliente, le parecía que estaba a las puertas del cielo. Después le frotó el cuerpo y le secó los pies con una tela de lana.

—¡Ven aquí, pillastre! ¡No tienes nada he lado! He sido un tonto. ¡Vístete!

El chico se puso la camisa y el hombre le ayudó a ponerse la chaqueta.

—Ahora...

El hombre, diciendo esto, acercó un escabel e hizo sentar en él al chiquillo, cogiéndole por la espalda. Luego señaló la cacerola que humeaba en el fuego.

—Puesto que tienes hambre, come—añadió, llenando una escudilla.

Se la puso ante él con un trozo de pan duro y una cuchara de hierro. El chico titubeaba.

—Cómete eso.

El chico empezó a comer porque tenía hambre. El hombre murmuró:

—¡No comas tan de prisa! ¡Es glotón ese pillete! ¡Da náuseas ver comer a esos miserables cuando tienen hambre!

El muchacho no hizo el menor caso de esos epítetos, compensados como estaban por una acción caritativa. Por el momento, le absorbían dos urgencias: comer y calentarse.

Ursus seguía reflexionando.

—Declaro que todo esto es muy desagradable. He trabajado hasta bien entrada la noche. Esta noche yo estaba hambriento; hice un fuego, tenía una sola patata, un mísero trozo de pan, un bocado de tocino y un poco de leche. Lo puse a cocer. Yo me dije: "Gracias a Dios, pienso que voy a comer", y ¡paf!, este cocodrilo me cae encima de sopetón. ¡Come, tocino, comell... Traga, lobezno. Parti-

remos: tú comerás la patata y yo beberé la leche.

En aquel instante, un prolongado lamento llenó la cabaña. El hombre se puso a escuchar.

—¿Ahora chillas, sicofanta? ¿Por qué lloras?

El niño se volvió. Era evidente que no era él el que lloraba. Tenía la boca llena. El lamento continuaba. El hombre se dirigió a la caja, mascullando:

—¡Así, pues, es tu fardo el que grita! ¡Vale de Josafat! ¡Un paquete vociferante! ¿Qué demonios contiene tu paquete para chillar?

Deslió el paquete y vio aparecer la cabeza de una criatura con la boca abierta y llorando.

—¿Quién está ahí? ¿Qué es esto? ¿Otro aparecido? ¿Cómo va a acabar esto? ¡A las armas! ¡Cabo, que venga la guardia! ¿Qué me has traído, ladrón? Otro vagabundo? Pero... tiene sed... ¡Ya estamos! ¡Me quedo sin leche!...

IV

Dea

Cuando Ursus hubo satisfecho el hambre de la criatura, el chico también había terminado de cenar.

Ursus miró filosóficamente—era una mirada profesional—los restos de su desaparecida cena. Pero él, como buen filósofo, estaba



Dea y Gwynplaine

acostumbrado al hambre.

Con un fruncimiento de ojos se volvió al muchacho.

—Ahora que ya has cenado tenemos que hablar. La boca no se hizo sólo para comer, que también se hizo para hablar. ¿De dónde vienes?

—No lo sé—contestó el niño.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—Me abandonaron esta tarde en la orilla del mar.

—¡Ah, granuja! ¿Cómo te llaman? ¿Eres tan bueno que hasta tus padres te abandonaron?

—Yo no tengo padres.

—Has de saber que no me gustan los embustes. Debes tener padres, ya que vienes con tu hermanita.

—No es mi hermana.

—¿Quién es, entonces?

—Es una critura que he encontrado.

—¿Dónde?

—La tenía en brazos una mujer que estaba muerta entre la nieve.

Las arqueadas cejas de Ursus se juntaron y tomaron aquella expresión que es signo de emoción entre los filósofos.

—¡Una mujer muerta! ¡Suerte para ella! Debemos dejarla en la nieve; está bien así. ¿En qué parte la hallaste?

—A la parte del mar.

Ursus dispuso que el muchacho se acostase y puso a la niñita a su lado. Después se marchó a comprobar la noticia.

Media hora después regresó al carromato.

—Bastante me ha costado encontrarla... ¡Se necesita estar loco para morir se dejando una hijita abandonada! ¡Bonita familia tengo yo ahora: un chico, una chica y un lobo!

Mientras Ursus monologaba, Homo, que rondaba por la vivienda, se acercó al fuego. La manita de la niñita salía bajo la piel de oso y el lobo empezó a lamerla.

Ursus se volvió:

—Bien, Homo, muy bien. Yo seré padre y tú serás su tío. Les adpto, no hay más que hablar; a Homo le parece bien.

Luego se puso a atizar el fuego. Al levantar la mirada se halló con la del niño, que le estaba escuchando. Ursus le interrogó bruscamente:

—¿Por qué te ríes?

—No me río.

Ursus experimentó una sacudida, examinó al muchacho fija y silenciosamente y le preguntó:

—¿Quién te hizo esto?

El chico contestó:

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—¿Desde cuándo te ríes así?—añadió el viejo.

—Siempre he sido igual.

Ursus se volvió hacia el cofre diciendo con voz baja:

—Yo creía que ya no se desfiguraba a estos desgraciados. No es conveniente profun-

dizar en un caso de esta clase... Ríe, niño, ríe...

La pequeña se despertó y dió un grito.

—Vamos a hacer de nodriza—exclamó Ursus, tomando del fogón un frasco de leche.

La pequeñuela se incorporó.

En este instante apareció el sol en el horizonte. Sus rayos rojos penetraban por el vidrio e iluminaron el rostro de la niña. Los ojos de la pequeña, fijos en el sol, reflejaban como dos espejos su redondez purpurada; sus pupilas se hallaban inmóviles y sus párpados, también.

—¡Calla!—exclamó Ursus—. ¡Está ciega!

V

Lord Clancharlie

El Barón Lineus Clancharlie era uno de los pocos pares de Inglaterra que aceptaron la República. Pero después de concluirse la revolución y de caer el Gobierno parlamentario, lord Clancharlie había persistido en sus ideas y fué perseguido por Carlos II.

Clancharlie se desterró voluntariamente. Vivía en Suiza, a la orilla del lago de Génova.

Algunas veces hablábase en Londres de este ausente; muchos de los antiguos partidarios de la ex República se habían pasado a la Monarquía y éstos eran los que, naturalmente, avivaban el odio contra Clancharlie. Circuló el rumor de que había contraído matrimonio con la hija de un regicida, que vivía en Lausanne.

A lord Clancharlie se le conocía un hijo natural: un hijo que vino al mundo en el momento en que concluía la República, y que nació en Inglaterra cuando su padre marchó hacia el destierro: por eso él no conoció a su padre.

El bastardo de lord Clancharlie creció siendo par de la corte de Carlos II. Llamábase Lord David Dirry-Moir; era noble de cortesía porque su madre fué mujer de calidad. Esta, mientras Clancharlie estaba en Suiza, consiguió que el segundo amante le perdonase haber tendido el primero, porque aquél era tan realista que fué el propio rey.

Fué manceba de Carlos II el tiempo suficiente para que su majestad protegiese a lord David.

Murió Carlos II. Subió al Trono Jacobo II. A Jacobo II le gustaba estar rodeado de oficiales jóvenes y cobró verdadera amistad al joven lord. El hijo bastardo de lord Clancharlie fué prosperando.

Un día, el Estado logró la orden de extradición de lord Clancharlie, que había pasado de Suiza a un país vecino. Más que el interés del propio rey vióse en aquel asunto la intromisión de Barkilphedro, cuyo ascendiente ante el rey era bien notable.

Barkilphedro tenía cierta enemistad personal contra Clancharlie. Envidioso, pérfido, vengativo, de una perseverancia igual a su ambición, el antiguo lacayo era más poderoso que el rey mismo, porque poseía su odio y poseer el odio del rey es correr y recorrer

caprichosamente el cerrojo de la conciencia real.

Conducido, pues, lord Clancharlie a presencia del rey, éste le increpó así:

—¡Rebelde! ¡Traidor a la causa monárquica! ¡Servidor de Cromwell! ¿Creíste que te olvidaría mi justicia, como se dignó olvidarte la de su majestad Carlos II, nuestro llorado hermano? ¿Pudiste jamás imaginar que olvidaría al hombre que, añadiendo la afrenta a la afrenta, tomó por esposa en el destierro a la hija de un regicida?

Lord Clancharlie no respondía. Atado de pies y manos, sólo tenía fuerza para dirigir al rey una mirada de olímpico desprecio.

—Ahora escucha — prosiguió Jacobo II—. Tuviste un hijo natural, un hijo bastardo sobre el cual se ha extendido la protección de nuestro hermano Carlos II... Se llama hoy Lard David Dirry-Moir. Conforme a nuestras voluntades, lord David heredará más tarde los bienes, títulos y prerrogativas de lord Clancharlie, el rebelde, bajo la condición de desposarse con la mujer designada por nosotros...

—En cuanto a tu hijo legítimo — prosiguió —, al engendro de tu unión con esa mujer, con esa Ana Bradshaw, hija de un regicida...

Lord Clancharlie, que hasta aquel momento había sellado los labios, no pudo reprimir una conmoción al recuerdo de su hijo amado, y dijo:

—¡Bien sé qué mano es la que ha arreba-

tado a mi hijo! ¡Quizá ha sufrido ya la suerte que a mí me espera!

—Te equivocas, lord Clancharlie—le objetó Jacobo, interrumpiéndole—. La muerte, por horrible que fuera, sería poco castigo para el hijo del hombre que renegó de sus antepasados y de su rey... Tu hijo ha sido entregado a esa horrenda asociación que convierte a los niños en monstruos de plazuela o bufones de palacio.

—¡Los comprachicos!—exclamó Clancharlie.

—Sí; de un rostro noble han hecho un mascarón... El hijo del traidor lleva en su faz la risa eterna. Para tí también la muerte sería demasiado dulce. ¡Estarás en la tumba y vivirás! ¡Serás el amante de la Doncella de Hierro!

Poco después, el rey Jacobo declaró que lord David era hijo único y definitivo heredero, *a falta de hijos legítimos*. Por tanto, el rey hacía sustituir a lord David en los títulos, derechos y prerrogativas del difunto lord, con la única condición de que lord David había de casarse con una joven a la cual el rey hizo duquesa en la cuna, sin saber por qué, o mejor dicho: todo el mundo lo sabía.

Esta niña se llamaba la Duquesa Josiana. Fué esta niña sobre la que el rey depositó el grado de par de lord Clancharlie, cuyo grado duraría hasta que existiera un par: éste debía ser su esposo.

Josiana y David galanteábanse de un modo particular; no se amaban, pero se agrada-

ban mutuamente. Verse les bastaba. ¿Por qué, pues, precipitar su fin? En la corte se admiraba el gusto de esta decisión. La duquesa acostumbraba a decir:

—Sería una lástima que me obligaran a casarme con lord David. Precisamente yo no deseo más que hacer el amor con él.

VI

Josiana y la reina

Josiana era pura materia, pero magnífica: era alta y robusta, fresca, de buen color, de cabellera rubia; tenía audacia y talento. Sus ojos eran inteligentes; ni era amante ni casta. Si la virtud estriba en ser inaccesible, Josiana lo era, pero sin inocencia. Si no acometía aventuras era porque las desdeñaba; pero no se incomodaba de que se las supusieran, siempre que fuesen extrañas y sorprendentes. Josiana era, tal como la hemos descrito, una mujer preciosa.

Por encima de esa noble pareja estaba la reina Ana de Inglaterra. Era una mujer cualquiera, alegre, indulgente y casi augusta. Sucedió a su padre Jacobo II y, por tanto, era hermanastra de la duquesa Josiana.

Pero la reina Ana no podía ver a la duquesa Josiana por dos razones: la primera, porque era hermosa, y la segunda, porque hablaba también hermoso a su prometido: dos razones bastante convincentes para inspirar celos a cualquier mujer. A pesar de esto, Ana

estaba amable siempre con Josiana, y acaso la hubiera querido si no fuera hermana suya.

Josiana hacía que espiase a lord David un hombre de su confianza: Barkilphedro.

Por su parte, la reina Ana consiguió estar en secreto al corriente de los hechos y dichos de la duquesa Josiana, por un hombre que era enteramente suyo, y que se llamaba Barkilphedro.

Barkilphedro estaba entre dos mujeres. Barkilphedro necesitaba el poder. Tal vez lo hubiera conseguido a no caer del trono Jacobo II. Quince años después de ser su bufón, era consejero y confidente de dos potencias enemigas: había ascendido, a fuerza de arrastrarse. Barkilphedro era ingrato. Después de recibir muchos beneficios de la duquesa, la odiaba. Se había acercado a la reina para satisfacer su felicidad de perjudicar a los demás. Su mayor deseo era hallar la parte sensible de Josiana y herirla allí.

VII

Dea y Gwynplaine

Han transcurrido quince años. En todas las ferias y en todas las fiestas, la muchedumbre se lanza hacia el más sorprendente mimo de la risa que se haya conocido jamás: Ursus ha conquistado la fortuna y Gwynplaine la celebridad.

El niño que una cruda noche de invierno dejaron abandonado unos comprachicos en

una ensenada del golfo de Portland era ya un hombre Gwynplaine tenía ya veinticinco años.

Ursus se quedó con los dos niños y formaron un grupo nómada. Ursus y Homo habían envejecido. Ursus estaba enteramente calvo y Homo completamente gris.

La pequeñuela hallada junto a la madre muerta era ya ahora una criatura de diez y seis años, pálida, con cabellos negros, delgada, casi temblante de delicada, admirablemente bella, con los ojos llenos de luz, pero ciegos.

Dea ayudaba a Gwynplaine en sus ejercicios.

Si la miseria humana pudiera resumirse, se resumiría en Gwynplaine y Dea. Parecía que habían nacido cada uno en un compartimiento del sepulcro. Dea vivía en lo lúgubre y Gwynplaine en lo horrible; éste, que podía ver, luchaba con la posibilidad dolorosa de compararse con los demás hombres. A Dea le cubría el velo de la noche y a Gwynplaine la máscara de su cara.

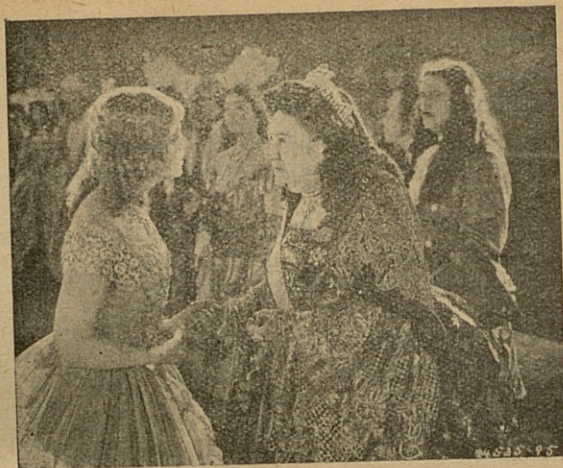
Eran dos desesperados que habían llegado al extremo posible de la calamidad, y que vivían en él.

Pero ellos vivían en el Paraíso, porque se amaban. Gwynplaine adoraba a Dea; Dea idolatraba a Gwynplaine.

—¡Es tan hermoso!—exclamaba ella.

El sólo veía a una mujer en el mundo, y esta mujer era ciega.

Todo lo que él había hecho por Dea, ésta



La Reina Ana y la Duquesa Josiana

lo sabía por Ursus. Para Dea no era monstruoso: era el salvador que la recogió de la tumba y la sacó de allí; el consuelo que le hacía posible la vida; el libertador, cuya mano conocía que guiaba la suya en el laberinto de la ceguera. Gwynplaine era el hermano, el amigo, el guía, el sostén... y en el que la muchedumbre veía un monstruo, ella veía un arcángel.

Así vivían, uno para otro, esos dos desdichados. Eran felices de un modo inexplicable. De su infierno habían hecho un cielo. ¡Tal es la omnipotencia del amor!

A veces, Gwynplaine se dirigía reproches a sí mismo al considerar su felicidad como un

caso de conciencia, ¿Qué diría de él si sus ojos adquiriesen vista de improviso?

Un día le dijo a Dea:

—Tú no sabes que yo soy muy feo.

—Sólo sé que eres sublime—le contestó ella.

—Cuando oyes que se ríe todo el mundo es que se ríen de mí, porque soy horrible.

—Yo te amo—le respondió Dea.

Sus manos se buscaron y se estrecharon, sin decirse una palabra, silenciosos por la plenitud de su amor. Sus caricias no iban más allá de los apretones de manos y de algún beso en el brazo desnudo. Esto les era suficiente.

Esta familia, formada por un viejo, dos niños y un lobo, rodando por los caminos, calles y plazas, habían estrechado cada vez más su grupo. Cuando el niño creció, Ursus le sacó a la escena y fué extraordinario el efecto que hizo su aparición. En todas partes, el público se amontonaba por ver a Gwynplaine. Gracias a esta gran atracción se hacían ricos.

Ursus era el poeta que escribía las obras teatrales que representaban Gwynplaine y Dea. Ursus estaba muy contento de una pieza que compuso para Gwynplaine: era su obra capital y la tituló: "El caos vencido".

Sin embargo, su nombre se leía pegado a la parte lateral de la carreta, en un cartel redactado por Ursus para conocimiento del público, y que decía así:

"Aquí se verá a Gwynplaine, que fué abandonado a la edad de diez años, la noche del

29 de enero de 1690, por los malvados comprachicos, a la orilla del mar, en Portland, que creció y se hizo hombre, y hoy le llaman "El Hombre Que Ríe"

VIII

Hacia Londres

Ursus llegó a ser ambicioso y un día dijo:

—Es necesario ir a Londres.

Al aproximarse a la capital de Inglaterra, en un pueblecillo donde la pequeña caravana no paró más que el tiempo preciso para ganarse unos chelines por medio de la exhibición de Gwynplaine, un hombre que también se dirigía a la capital mostró gran sorpresa al leer el rótulo que pendía de uno de los costados del coche.

Aquel hombre escondía su fisonomía bajo la espesa pelambre de una barba, cana y revuelta. Tenía la particularidad de ser tuerto de un ojo: el izquierdo. La pupila del derecho miraba torvamente, oblicuamente, el mundo circundante.

Después de leer el rótulo, excitado por la curiosidad, dió varias vueltas a la carreta; quería ver a Gwynplaine y una ventana abierta le permitió cumplir este deseo.

La curiosidad del desconocido personaje tenía su fundamento. Si Gwynplaine hubiese tenido ocasión de verlo, tal vez aquel rostro le hubiese sugerido el recuerdo de un antiguo conocido: Hardquanonne, el hombre junto al cual transcurrieron sus años infantiles, desde

que tuvo uso de razón, y que, finalmente, le abandonó en las rocas de Portland. Por de pronto, la horrible mueca de Gwynplaine corroboró la sospecha del desconocido, que desde aquel momento se propuso sacar partido de la fortuita circunstancia para ulteriores fines.

Presentóse a Ursus y le dijo:

—Vuestro payaso vale diez veces más que todas las joyas de Su Graciosa Majestad la Reina Ana.

Ursus agradeció el cumplido.

—Yo también tengo fenómenos: un cerdo con dos hocicos y una vaca de cinco patas—añadió el desconocido.

—Pienso ganar mucho dinero en la feria de Southwark. ¿Vais acaso allí?—preguntó Ursus.

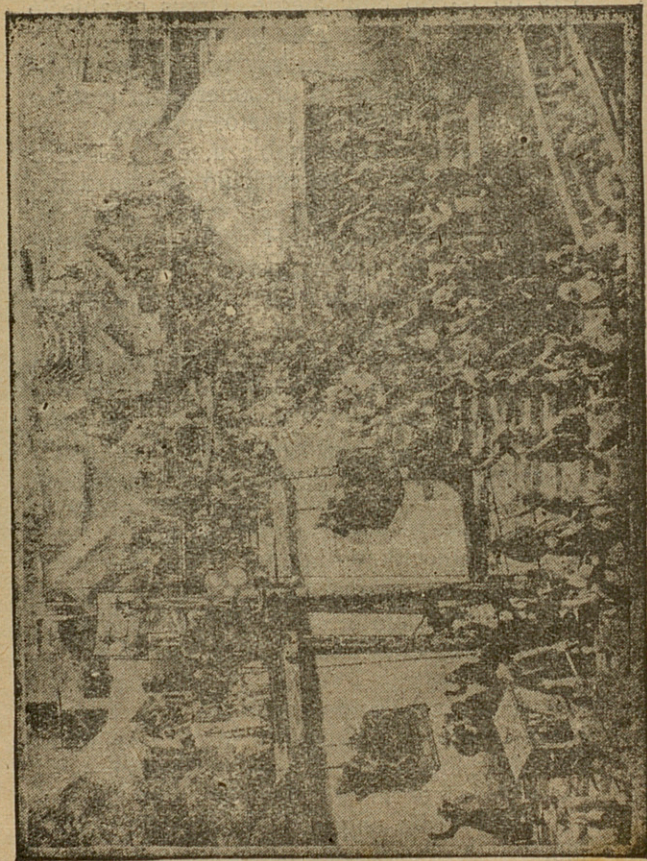
—Sí, y me será muy agradable viajar en vuestra compañía... Mi nombre es Hardquanonne.

Hicieron el viaje juntos y, pocos días después, llegaron a Londres.

En el año 1705, Londres tenía solamente un puente. En él se construyeron casas. Este puente unía a Londres con Southwark, un suburbio donde las manufacturas de alfarería, porcelana, vidrios y otros artículos tenían lugar.

Había instaladas varias fondas. A una de ellas, llamada la Possada Todcaste, fueron a parar Ursus y los suyos.

Southwark celebraba fiestas todo el año.



La feria de Southwark

Era un barrio muy alegre. Ursus estableció su teatro en el patio de la posada.

—Estamos en Londres y vendrá gente escogida—dijo Ursus al disponer el acondicionamiento del local. Al efecto, reservó, incluso, un palco para la nobleza, dado el caso de que asistiera al espectáculo alguna dama noble.

No muy lejos de allí, Hardquanonne instaló su barraca, pero no perdió de vista a la tropa de Ursus, que le interesaba más que su propio negocio.

Ursus hizo repartir profusión de programas en que, en medio de una orla alegórica, había impreso lo siguiente:

“Con el debido Permiso: Ursus, el filósofo, presenta al incomparable Gwynplaine, el “Hombre Que Ríe”, con su variedad inagotable de chanzas y farsas, y a Dea, la hermosísima ciegucecita, en la comedia en dos actos

EL CAOS VENCIDO”

Todos los volatineros y gimnastas fueron vencidos por Gwynplaine: les arrebató su público.

—El Caos Vencido es el caos vencedor—decía Ursus, atribuyendo a la obra la mitad del éxito logrado, que fué prodigioso—. El saco de la cobranza, como la mujer que ha tenido un desliz, engruesa visiblemente—añadió.

Aunque el grupo de Ursus se había instalado en una posada, no había cambiado sus costumbres y seguía viviendo en el aislamiento. Gwynplaine y Dea, después de cumplir sus

deberes profesionales, tenían sobrado tiempo para amarse platónicamente, hablando de lo sublime y lo maravilloso con esa sencilla ingenuidad que ponen los enamorados.

Ursus iba inquieto de un lado a otro, sintiéndose envidiado y admirado de todo el mundo, feliz de ver cómo su popularidad iba en aumento.

IX

Gwynplaine ve una aparición

La reina Ana tenía una debilidad predominante: amaba la música.

De cuando en cuando obsequiaba a la corte con conciertos. Ningún cortesano había dejado de asistir a la diversión favorita de la reina, pues de notarse su ausencia habríase atraído su enojo y ya se sabe que el enojo de una reina es terrible.

Mas un día ocurrió que el sillón reservado a la duquesa Josiana permanecía vacío y era ya bastante avanzada la hora.

La reina tal vez no lo hubiera notado; aborta como estaba en la melodía. Pero alguien estaba allí para hacerle notar la descortesía de la duquesa, y ese alguien fué Barkilphedro.

—¿No podría impedir vuestra graciosa majestad que en la corte se cometieran semejantes desconsideraciones?—dijo combándose sobre el respaldo del sillón real.

La dama volvió el rostro y le miró con extrañeza: no le comprendía.

—¿Qué quieres decir, Barkilphedro? ¡Habla!

La serpiente hizo una mueca ridícula y con el índice señaló el sillón vacío.

—Su ausencia—insinuó Barkilphedro—infringe una ofensa a la reina y a la corte. La bondad de Su Majestad no merece semejante desafuero.

La altiva mirada de la reina recorrió el gran salón y se detuvo en un punto, centelleante y fría.

Lord David, que era el objeto sobre el que se habían clavado los ojos de la reina, se estremeció y empezó a agitarse desasosegadamente sobre el sillón en que reposaba.

—¡Lord David!—exclamó la reina irguiéndose—. ¡Id a decir a la duquesa Josiana que la reina de Inglaterra no se hace esperar!

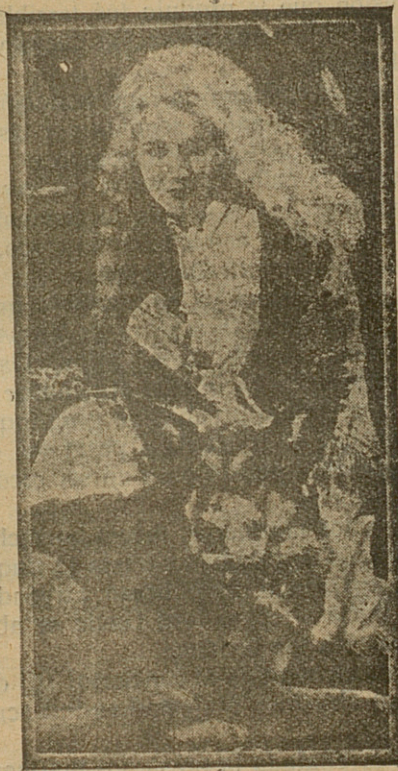
El prometido de la duquesa levantóse vacilante, hizo unas cuantas genuflexiones ridículas y salió como un cicón a cumplir el encargo de la reina.

¿Dónde podría hallarse a aquellas horas la dama que había causado el enojo de la reina? ¡Ah, se divertía en la feria de Southwark!

La localidad destinada a la nobleza en el barracón de Ursus se honró aquella noche con la presencia del ser más angelical que nadie puede imaginarse.

En el instante de descender el telón para empezar el prólogo del "Caos Vencido", Ursus echó, como de costumbre, una ojeada a los espectadores y tuvo esta sorpresa.

La presencia de aquella mujer fué una apa-



—¡Es tan hermoso!

rición, mejor dicho: una revelación para Gwynplaine cuando, a su vez, la contempló. La impresión que le produjo fué terrible. Se sintió turbado por una sensación nueva y horrible: el deseo.

Después que concluyó la representación, la dama abandonó el palco, seguida por las miradas ardientes de todos los hombres.

Una vez en la calle, la dama se vió envuelta por la multitud. Los hombres se arremolinaban en torno suyo y estrechaban el cerco, sugestionados por su extraña belleza.

La duquesa Josiana ya empezaba a impacientarse y meditaba la manera de atravesar la ola humana, cuando divisó a lord David, que se aproximaba hacia ella, abriéndose paso a codazos, dando pruebas de gran inquietud, estado que se traslucía a pesar del disfraz que se había puesto para no ser reconocido por la plebe.

Unos cuantos marineros, medio borrachos, habían logrado aproximarse hasta la duquesa y ya la agarraban por el brazo, atryéndola cada uno hacia sí; pero lord David se abrió paso y apartó a los beodos.

—¡Volved en seguida al concierto! ¡El disgusto de su Graciosa Majestad es indescriptible!

Al verse arrebatada la presa, los marineros protestaron.

—¡Eh!... ¡Nosotros la hemos visto primero!—decían.

Lord David, viendo la situación comprometida, ordenó a Josiana que se adelantase y re-

gresara a Palacio en su carroza, que se hallaba trs de una esquina, y mientras ella desaparecía, se las entendió a puñetazo limpio con los marineros.

Media hora después, la duquesa Josiana penetraba en el salón donde se celebraba el concierto. Graciosamente, llegó ante la reina, le hizo una graciosa genuflexión y fué a ocupar su sillón.

El falso Barkilphedro se aproximó a ella y le dijo:

—Su Majestad está muy disgustada, pero no tengáis temor alguna, querida duquesa. Barkilphedro está a vuestro lado.

En efecto: el rostro de la reina, que de cuando en cuando se volvía hacia la duquesa, denotaba la más viva indignación. Pero Josiana no hacía caso. Estaba acostumbrada a ello.

Poco después regresó lord David. Ya había dado fin el concierto y mientras los palaciegos abandonaban el magnífico salón, aprovechó la oportunidad para hablar a solas con Josiana.

—Aventurarse entre el vulgo no es cosa de duquesas, mi querida Josiana.

Ella se irguió ofendida.

—¡Hago lo que me parece! ¡Y aunque ello me llevara a la horca, iré a ver al Hombre Que Ríe!

Interviene Barkilphedro

Entre los innumerables barracones de la feria había uno que llamaba singularmente la atención. En el frente había un cartelón, en el que un pintor poco hábil había dibujado una vaca con cinco patas. Lo completaban unas letras que decían:

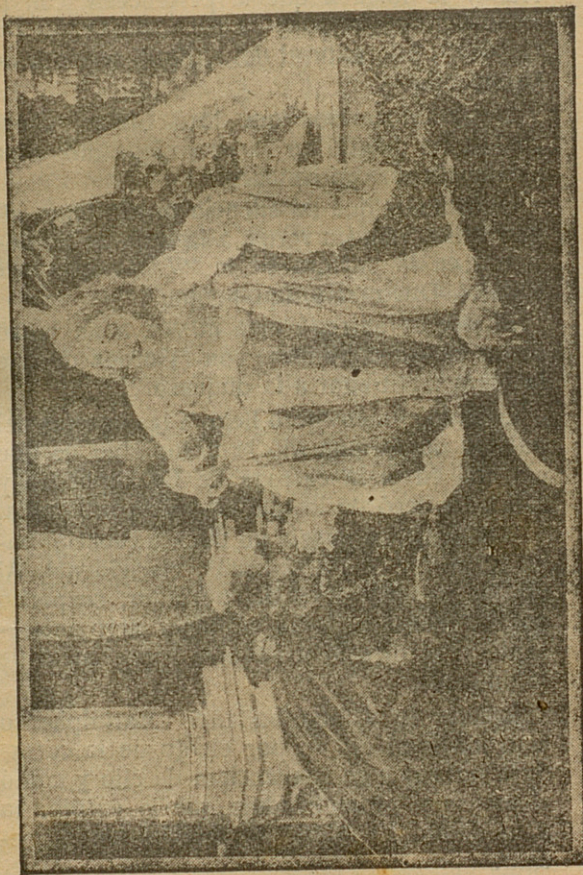
**"EL MAS EXTRAÑO FENOMENO
DE LA NATURALEZA
LA VACA DE CINCO PATAS"**

El barracón pertenecía a Hardquanonne. A pesar de que el público no era muy numeroso, al doctor no le preocupaba, porque sus ideas estaban concentradas en un plan que meditó por espacio de muchos días y que, al fin, iba a poner en práctica.

Hardquanonne quería sacar el mejor partido posible del encuentro de Gwynplaine, cuyos antecedentes conocía por haber sido él quien le recibió y deformó por orden del rey. El doctor estaba al corriente de los asuntos de la alta política y no ignoraba que la existencia del desaparecido hijo de lord Clancharlie podía darle a ganar en un día más que explotando toda la vida a la famosa vaca.

Así, pues, redactó un escrito para la duquesa Josiana, concebido en los siguientes términos:

"Conforme a las voluntades de vuestro padre, el difunto rey Jacobo II, habéis recibido la pairía de Clancharlie, con las nobles tie-



rras y la fortuna que le pertenecen, con la condición de desposaros con lord David Derry-Moir, hijo natural del antiguo servidor de Cromwell.

Debo informaros que lord Lineus Clanchahlie ha dejado un heredero legítimo, cuya existencia sólo yo conozco.

Si estimáis que mi silencio pueda tener algún valor, venid a verme a la feria de Southwark, en la barraca de la "Vaca de Cinco Patas.—Doctor Hardquanonne."

El doctor entregó esta misiva a un mozo de su entera confianza, con la orden de que la fuera a entregar a la duquesa.

Cuando el mensajero llegó a las puertas del palacio de Josiana dió la casualidad de que entraba en él la carroza de Barkilphedro y éste se enteró de lo que el criado pretendía.

Barkilphedro poseía un talento especial para la intriga y era, además, clarividente. Al oír las explicaciones del portador, sospechó que el mensaje podía contener algo interesante y se ofreció a llevarlo a presencia de la duquesa.

Josiana se estaba bañando. Barkilphedro hizo mirar al criado por el ojo de la cerradura para que se convenciera de ello y cogió el mensaje, prometiéndole que lo entregaría a la dama. El criado se marchó sin sospechar.

Barkilphedro leyó el contenido del documento y una diabólica alegría corrió por su semblante. Se lo guardó cuidadosamente.

Luego habló con la duquesa, pero no hizo la más ligera indicación al documento.

—Prevengo a vuestra gracia que Su Majestad la reina inflinge a la corte un nuevo concierto esta tarde. Aquí tiene vuestra gracia la invitación.

—¡Al diablo su concierto!—exclamó Josiana, arrojando la invitación sobre un diván. Preferiría oír contar algún nuevo escándalo. ¿Qué me traes de nuevo, Barkilphedro?

—No osaré pretender que el viento no me haya traído algunos rumores—dijo Barkilphedro con acentuada malicia—. Pero me temo que toquen tan de cerca a vuestra gracia que...

—¿No se tratará de mi prometido, el brillante lord David?—dijo Josiana, pensando en la forma destemplada con que le despidiera la noche anterior.

Barkilphedro hizo un gesto como indicando que algo había de ello. Josiana prosiguió: ¿Verdad que tengo derecho a ser celosa?

Como la duquesa insistiera luego en querer saber la nueva noticia, Barkilphedro se resistió.

—No dudo que la noticia sea de una naturaleza que pique vuesa curiosidad, pero Su Majestad debe ser la primera informada.

Pocas horas después el oficioso Barkilphedro penetraba en un aposento de las reales habitaciones, en cuyo centro había una suntuosa mesa, ante la que se hallaba sentada la reina Josiana.

—Tengo algunas noticias que pueden inte-

resar a Vuestra Majestad—dijo Barkilphedro desde la puerta del aposento.

—¿De qué se trata, mi querido Barkilphedro?—dijo la reina, haciéndole indicación de que se acercase.

Barkilphedro extrajo de uno de sus bolsillos el documento que interceptara, desdoblándolo cuidadosamente; lo entregó a la reina, haciendo una reverencia.

—Hace cuestión de unos cuantos minutos ha llegado a mis manos este papel, que contiene noticias extraordinariamente interesantes.

La reina leyó detenidamente su contenido. En tanto, Barkilphedro contemplaba en silencio el rostro de Ana, en el que se reflejaba la más extraordinaria sorpresa. Cuando acabó la lectura, levantó la cabeza y las miradas de ambos se cruzaron unos momentos.

—No cabe duda — exclamó Barkilphedro, adivinando el pensamiento de la reina—, que si realmente existiese el hijo legítimo de lord Clancharlie tendría que casarse con la duquesa Josiana. Esto sería intepretar fielmente la decisión de vuestro augusto padre.

—En efecto...—asintió la reina, pensativa.

—Si este humilde servidor encontrara a ese heredero, Su Majestad no dejaría, sin duda, de distinguirme con su satisfacción...

—Os ordena que lo busquéis—dijo la reina por toda contestación—. A los que poseen secretos de Estado no les está dado fracasar.

Al quedarse sola la reina meditó sobre el alcance que podría tener el hallazgo del he-

redero de lord Clancharlie. ¡Oh, cómo se iba a vengar de Josiana, arrebatándole a su gracioso lord David!

Aquel anochecer, un individuo cubierto con una capa oscura, se presentó en la barraca de La Vaca de las Cinco Patas y preguntó al dueño:

—¿Sois el doctor Hardquanonne, el autor del mensaje dirigido a la duquesa Josiana?

El doctor respondió afirmativamente y el otro dijo que le siguiese. El desconocido le llevó a un sitio solitario y allí cuatro hombres se le echaron encima y, después de maniatarle, lo metieron en una carroza cubierta.

El desconocido ordenó a sus secuaces:

—¡A la cámara de tortura!

Las cosas, para Hardquanonne, no se presentaban bien.

XI

Una aventura extraña

La presencia de la duquesa en el palco de la posada había turbado el corazón de Gwynplaine.

Dea no lo notó porque sus ojos no podían ver las cosas exteriores. Ursus tampoco advinó nada porque estaba como emborrachado por el éxito que representaba para su teatro la presencia de una gran dama.

—Una prueba indudable del valor de mi obra y de tu reputación es que el departamento de la nobleza ha estado ocupado por

una gran dama—díjole después de la representación.

Pero Gwynplaine, embebido en sus pensamientos, no le escuchaba.

—¡Qué éxito, hijo mío! ¡Una duquesa! Pues la dama en cuestión es una duquesa; se ha visto el escudo en su carroza.

Dea también se había contagiado del entusiasmo de Ursus. Poco después penetró en el departamento donde se hallaba su amigo y le preguntó:

—Gwynplaine, ¿era hermosa?

El payaso le respondió que, aunque no alcanzaba a poseer una hermosura tan perfecta como ella, no dejaba de ser bella.

Gwynplaine, que amaba a Dea sinceramente, se arrepintió de pensar en otra mujer; pero el recuerdo de la reciente aparición conturbaba su espíritu.

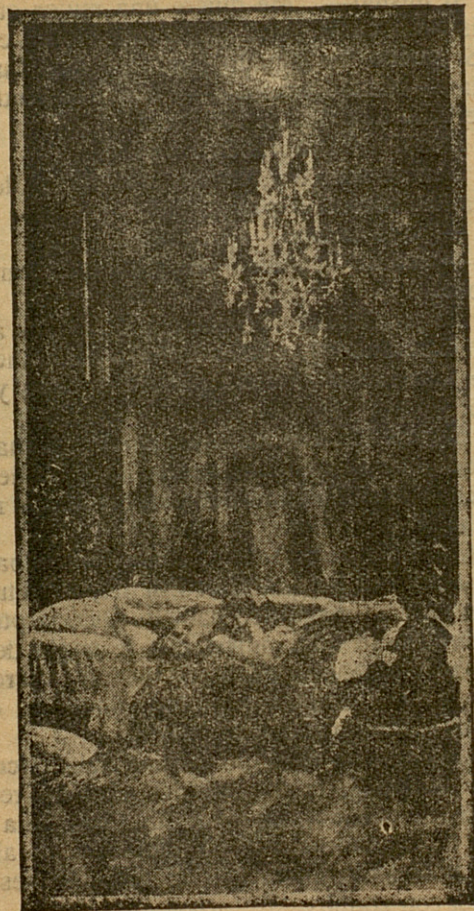
Al día siguiente, durante la función, sus ojos se posaban frecuentemente en el palco de la nobleza, pero ella no volvió.

Mas, una vez concluido el espectáculo, un paje le traía una esquila, que se apresuró a leer.

“Tú eres horrible y yo soy hermosa. Tú eres histrión y yo soy duquesa. Soy la primera y tú eres el último; por eso te deseo, te amo. Ven. Mi paje te esperará a media noche.”

Gwynplaine leyó y relejó la misiva para convencerse de que estaba escrita en ella la frase “Yo te amo”.

—Existe una mujer que me ama—declase



Sobre este diván...

a sí mismo—. ¡Me quiere una mujer que ha visto mi cara! ¡Una mujer que no es ciega! ¡Si puedo ser amado por algo más que mi alma—añadió exaltado—, entonces tendré el derecho de casarme con Dea!

Dos dilemas flotaban ante él.

Dea se acercó y, en un movimiento de sus manos, tocó el papel.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Nada...—contestó Gwynplaine, sonriéndose.

De pronto, recordó que el paje estaba afuera esperando y, obedeciendo a la influencia de una fuerza interna, púsose la capa y salió.

El paje le llevó respetuosamente a una carroza que se hallaba parada no lejos de allí y cuando ambos montaron emprendió la marcha.

Gwynplaine no sabía adónde le llevaban ni se atrevió a preguntarlo. Por fin, se detuvieron ante un magnífico palacio. De una puerta lateral salió una mujer, que le cogió de un brazo y le llevó a través de diversos corredores a una estancia suntuosa, donde le dejó solo, cerrando tras sí la puerta.

Gwynplaine se halló en una sala circular, sin ventanas, cuyas paredes estaban revestidas de mármol; en medio de dicha sala había un baldaquín. Allí no había mueble alguno si se exceptuaba uno de esos divanes-camas, con cojines.

Sobre este diván, Gwynplaine vio una mujer semidesnuda. Reconoció su rostro, que es-

taba con los ojos cerrados. ¡era la duquesa, la que hizo brotar en él delirios inconfesables, la que escribió tan extraña carta!

De improviso, la dormida se despertó, incorporándose con brusca majestad.

—¿Quién está ahí?—exclamó bostezando y con meloso acento—. ¡Calla—exclamó—, es Gwynplaine!

De súbito, dando un brinco violento, se arrojó a su cuello y le estrechó la cabeza entre sus brazos desnudos.

Gwynplaine callaba, como oprimido por un peso que se lo imponía. La duquesa dijo:

—Es extraordinario que te halles aquí.

La duquesa se dejó caer en el canapé e hizo caer a Gwynplaine junto a ella.

—Yo te amo—dijo Josiana, abrazando contra su pecho al volatinero jadeante.

De improviso, cerca de ellos, sonó una campanilla. La duquesa volvió la cabeza e interrogó:

—¿Quién es?

Súbitamente, abrióse un hueco en la pared y apareció en él un rollo de papel.

La duquesa, reclinada y sosteniéndose con un brazo del cuello de Gwynplaine, extendió el otro brazo y cogió el rollo de papel.

La duquesa rompió el precinto de cera. Palpitante y con los ojos extáticos, hizo un mohín imperceptible de fastidio.

—¿Qué será esto que me envía? ¡Qué fastidiosa es esta mujer! Dudaba entre arrojar el documento a un lado, leerlo primero, por si

contenía algo interesante, y se decidió por esto último, leyendo lo que sigue:

“Señora:

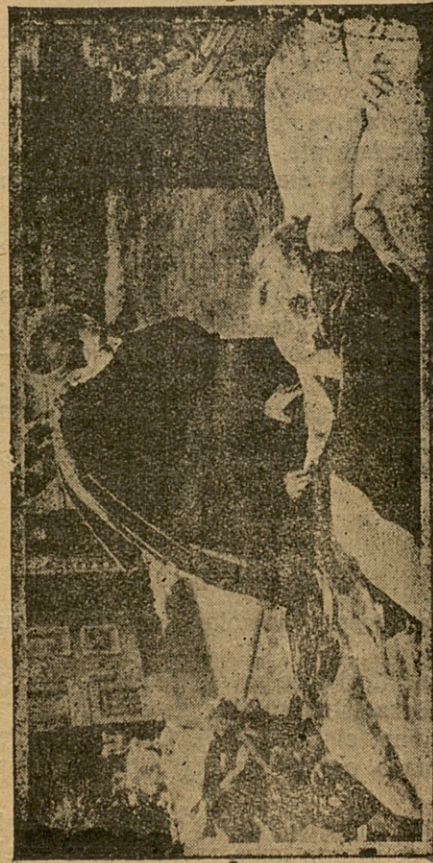
Os enviamos la adjunta copia de un proceso verbal del que resulta la considerable particularidad de que se ha hallado al hijo legítimo de lord Lineus Clancharlie en la persona de Gwynplaine, dedicado a la vida ambulante y vagabunda, entre saltimbanquis y volatineros.

Esta supresión de Estado se remonta hasta su más tierna edad. Según disponen las leyes, en virtud de su derecho hereditario, lord Fernando Clancharlie, hijo de lord Lineus, será admitido yrehabilitado en la Cámara de los Lores.

Como prueba de afecto que os profesamos y desando que conservéis la transmisión de los bienes y posesiones de los lores Clancharlie, le sustituiremos a lord David Dirry-Moir y mandamos y deseamos, como reina y como hermana, que dicho lord Fernando Clancharlie, llamado hasta hoy Gwynplaine, sea vuestro marido y casaréis con él, porque ésta es nuestra voluntad real.—Ana, R.”

Mientras la duquesa leía, cambiando visiblemente de color, Gwynplaine la contemplaba atentamente. Cuando concluyó la lectura, la duquesa se irguió y echó una mirada sombría a Gwynplaine, contemplándole en silencio unos momentos.

La expresión de su rostro era terrible, pero, poco a poco, fué alterándose y, después



... Gwynplaine vió una mujer

de una buena pausa, rompió a reír con todas sus fuerzas.

Gwynplaine retrocedió un paso. Las carcajadas de la duquesa habían roto el encanto que la envolvía, y creyendo que su rostro era el motivo de la risa de la duquesa, se lo cubrió precipitadamente.

—¡Salid, salid!—exclamó la gran dama sin dejar de reír.

Gwynplaine, sin poder pronunciar palabra, había quedado inmóvil en medio de la sala.

—Os repito que salgáis. No tenéis derecho para estar aquí. Este es el sitio de mi amante.

El volatinero no comprendió la última frase; pero, obedeciendo a la orden de la duquesa, abandonó la estancia murmurando con desaliento:

—¡Se ha reído como las otras!

XII

Un secuestro

A media noche, Gwynplaine regresó a su barraca.

Una vez allí, dejóse caer sobre un peldaño de la escalera. Una sombra se acercó hasta él: era Homo, el viejo lobo. Gwynplaine le pasó la mano por el lomo y repitió varias veces:

—¡Homo!... ¡Se ha reído... como las otras!

En esto se oyeron unos pasos suaves en el interior de la carreta. Era Dea, que se acercaba, seguramente que desvelada o inquieta por la ausencia de su novio.

Rechinó la cerradura y se entreabrió la puerta, apareciendo Dea, más celestial que nunca, envuelta en una bata.

Un rayo de luna proyectaba sobre ella su claridad difusa y daba el efecto de una bella aparición.

—¿Estás ahí, Gwynplaine?

—Sí, amor mío.

Dea bajó los tres escalones de la carreta, extendiendo los brazos en el vacío, buscando el cuerpo del volatinero.

—¿Sabes lo que he soñado, Gwynplaine?

—exclamó ella.

—No.

—Pues soñé que éramos bestias y que teníamos alas.

—Si tuviéramos alas seríamos pájaros—respondió el saltimbanque.

—Si tú no vivieras, Gwynplaine...

—¿Qué?

—Entonces no existiría Dios.

Gwynplaine le tapó la boca. Aquella frase sonó en sus oídos como una acusación. El que había jurado mil veces no amar a ninguna otra mujer, había faltado al sagrado juramento.

Pero estaba arrepentido y fueron tan dulces las protestas de amor que hizo a su Dea que ésta, al oírle, sentíase arrobada.

—Dios cerró mis ojos para que sólo viera tu alma... ¡Te amo, Gwynplaine!—murmuraba ella, abrazándose castamente a su amante.

—Ya sé que me amas... Yo tampoco tengo a nadie más que a ti en el mundo. Lo eres

todo para mí, Dea. ¿Qué quieres que haga por ti? ¿Deseas algo? ¿Qué es lo que necesitas?

—No lo sé. Soy dichosa—contestó Dea.

—¡Oh, sí! ¡Somos dichosos!

Al día siguiente, por la tarde, mientras Ursus preparaba el pequeño escenario para la función de la noche, divisó un hombre que estaba de pie entre el marco de la puerta. Aquel hombre vestía de negro y se cubría con la capa de la justicia y tenía en la mano un bastón de hierro, rematado en corona por ambos extremos.

Ursus reconoció a aquel terrible hombre y tembló. Aproximándose al oído de Gwynplaine, le dijo:

—¡Es el wapentake!

El desconocido, sin pronunciar una palabra, bajó el brazo derecho por encima de la hermosa Dea y tocó con el bastón de hierro el hombro de Gwynplaine, mientras que con el índice de la mano izquierda le indicaba la puerta. Este doble signo significaba: séguime.

El individuo a quien el iron-weapon, o sea el bastón de hierro, tocaba no podía esquivar la obligación de obedecer. No cabía réplica contra este mandato silencioso, y rudas penalidades de las leyes inglesas castigaban a los infractores.

Ni Gwynplaine ni Ursus dijeron una palabra, porque les ocurrió el mismo pensamiento: no inquietar a Dea. Gwynplaine se puso

en pie porque sabía que no era posible resistir la orden.

Gwynplaine, cuidando de no hacer ruido, como en el cuarto de un enfermo, cogió el sombrero y la capa, se cubrió con ésta y se dispuso a seguir al desconocido.

Ursus le acompañó hasta afuera. Gwynplaine le dijo:

—¡Que ella no se entere!...

Pero no tuvo tiempo de añadir una palabra más porque el hombre del bastón de hierro ordenó:

—¡Que me siga este hombre y nadie más!

Ursus, contraviniendo las órdenes de la policía, se dispuso a seguirles. Quería saber adónde llevarían a Gwynplaine.

En la calle se unieron a ellos otros policías y el cortejo emprendió la marcha serpenteando callejuelas poco frecuentadas, hasta que, por fin, se detuvo en una plazuela insignificante.

El acompañamiento se agrupó delante de un postigo. Gwynplaine ocupaba el centro y vió a lo lejos a Ursus, pero no podía hacerle ninguna seña y disimuló.

El hombre del bastón levantó la aldaba y dió tres golpes. La puerta se abrió y todos penetraron, uno detrás de otro, en la fortaleza. La puerta se cerró tras ellos. En la silenciosa plazuela, sólo quedó Ursus.

Más de media hora estuvo allí reflexionando sobre lo que podría ocurrir y lo que debería hacer. Pasó un hombre del pueblo y le preguntó por el nombre de aquel edificio.

—Es la cárcel de Chatam. ¿Han llevado a alguno de los vuestros?

Ursus hizo un asentimiento de cabeza.

—¡Es inútil que esperéis!—dijo el desconocido compadeciéndole—. ¡Los que entran por esa puerta no salen jamás!

XIII

La farsa

Más de dos horas llevaba en la plaza Ursus, con la mirada fija en la puerta de la prisión, cuando ésta se abrió para dar salida a un extraño cortejo.

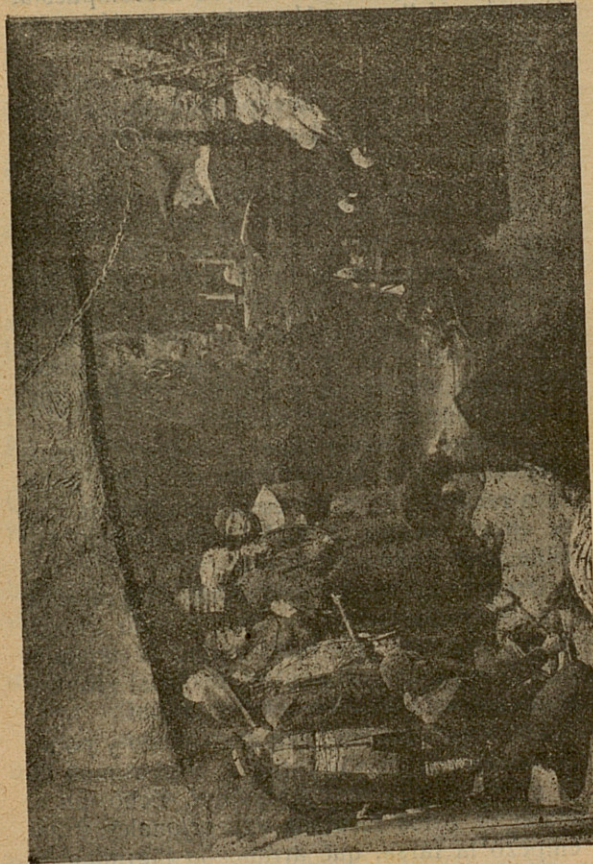
Formábanlo varios individuos que llevaban un féretro en andas. Al filósofo casi le dió un desvanecimiento.

—Estos carceleros conducen el cadáver de mi querido hijo. En esta prisión lo han martirizado hasta quitarle el último hálito de vida. ¿Qué puedo hacer ahora? ¡Resignación! ¡Pobre Dea!

Por las curtidas mejillas del viejo resbalaron unas lágrimas.

Vió cómo el cortejo atravesaba un portalón que daba a un lugar descubierto que debía ser el cementerio, y cuando la comitiva desapareció y la puerta se cerró tras ellos, el filósofo empezó a andar, con paso vacilante, de regreso a Southwark.

Ya le estaban esperando. Llegó a las seis y media, cuando estaba ya muy avanzado el crepúsculo. El posadero le aguardaba en el



Gwynplaine en la prisión

umbral de la puerta con la faz descompuesta. Cuando vió llegar a Ursus le preguntó:

—¿Qué hay?

—¿De qué?

—¿Va a volver Gwynplaine? Ya es hora de empezar. ¿Saldrá a la escena esta noche El Hombre Que Ríe?

Ursus se encogió de hombros y penetró en el patio donde se hallaba la carreta que les servía a la vez de escenario y morada.

Dea, a quien nadie había dicho nada sobre la detención de Gwynplaine, ya les estaba aguardando, dando señales de impaciencia.

—¿Ya estáis ahí, padre?—dijo al reconocer los pasos del viejo, y añadió—: ¿Por qué Gwynplaine no viene a verme?

—¡Pobre Gwynplaine!...—pensó Ursus, contemplándola desoladamente—. ¡Qué golpe va a recibir! ¡Va a ser como una llamita que se apaga cuando se sopla! ¡Hagamos lo posible para prolongar su luz!

Ursus reunió a sus servidores y les dijo:

—¡Hay que ocultar a Dea, a todo trance, lo que ocurre! ¡Es preciso que se imagine que Gwynplaine está entre nosotros! ¡Representaremos la función como si nada!

El filósofo era un gran ventrílocuo y podía imitar la voz de Gwynplaine y el rumor de la multitud a las mil maravillas. Echó, pues, mano de estos recursos excepcionales y así empezó la farsa, que arrancaba lágrimas de sentimiento al propio Ursus y a todos los presentes.

Ursus bajó a los bancos y empezó a agi-

tarse de un lado a otro, imitando el tumulto que formaba el público a la entrada. Después volvió al escenario y desde un sitio que Dea pudiera oírle, dijo:

—Mira Gwynplaine. Ya llena el público más de la mitad del patio. Tendremos también lleno... ¡No, no levantes el portier, que Dea está vistiéndose!

Hizo una pausa y, de improviso, rompió en esta exclamación:

—¡Qué hermosa es Dea!

Después se dirigió a los que le ayudaban a representar la farsa y, en voz muy baja, les dijo:

—¡Vamos!... ¡Audacia, valor, imaginación y talento! ¡Estamos representando para ella, por su vida!

—¡Gwynplaine! ¡Gwynplaine! ¡Que salga Gwynplaine!—exclaman a un tiempo veinte voces—. ¡Queremos a Gwynplaine!

Ursus fué hacia el cuarto donde Dea acababa de vestirse para la representación y le dijo:

—¡No cabe ni un alfiler! ¡Y qué entusiasmo! ¿No oyes cómo llaman a Gwynplaine?

Dea asintió con un movimiento de cabeza.

—¡El muy condenado quería entrar mientras te estabas vistiendo! ¿Qué te parece?

La ciegucecita se sonrió.

—¡Esos energúmenos gritan como condenados! Vamos a principiar la función en seguida. Prepárate para salir, Dea.

La muchacha ocupó el sitio de costumbre

y Ursus salió, como de costumbre, ante el público para recitar el prólogo.

Después de suplicar un poco de silencio, Ursus empezó diciendo:

—Antes de presentar a Gwynplaine, el maestro Ursus tiene el honor de dirigirlos la palabra.

—¡Fuera el viejo!—dijo una voz que parecía venir de la sala, pero que, realidad, pertenecía a Ursus.

—He escrito esta obra a la manera de un tal Shakespeare... pero infinitamente mejor. El título de mi obra es "El Caos Vencido". Empieza con la noche, con las tinieblas y acaba con luz, con alegría, con risas...

Los que hacían de público, maravillados, empezaron a patear, aplaudir y silbar, y produjeron un estrépito olímpico.

Ursus fué hacia Dea y le dijo:

—A ti te toca salir ahora, Dea.

Después de una breve pausa, se oyeron resbalar por la varilla los anillos del telón. A poco empezó la representación del "Caos Vencido", como todas las noches. En el momento preciso, apareció Dea y con su voz temblorosa y divina evocó a Gwynplaine. Extendió el brazo buscando la cabeza de su amado...

De pronto, Dea quedóse inmóvil con el brazo extendido en el aire. En la sala había-se producido un silencio enorme y hacia la mitad del patio, una voz extraña, con entonación autoritaria, decía así:

—Por orden de Graciosa Majestad le Rei-



...y agarraba a Dea por el vestido...

na Ana, que Dios guarde, antes de que se ponga el sol de mañana debéis abandonar el territorio de Inglaterra.

Aquella voz pertenecía al funesto Barkilphedro, a cuya iniciativa se debía tal determinación y se dirigió a Ursus.

Mientras Barkilphedro hablaba, el filósofo no apartaba la vista de un envoltorio que traía uno de los acompañantes del que hablaba, y que después, a una indicación de éste, dejó caer sobre un banco.

—Gwynplaine, el payaso, ha muerto... Ahí tenéis sus ropas.

Por suerte, Dea no había oído estas últimas palabras que Barkilphedro pronunció con

voz bastante baja, pero Ursus tenía la convicción de que había oído las primeras.

Como la noticia de la muerte de Gwynplaine, no le venía de nuevo, Ursus no se inmutó gran cosa; se limitó a encogerse de hombros y no formuló ningún pensamiento, con el objeto de no dar ocasión al desconocido de entretenerse más.

Una vez que este se hubo marchado, Ursus vió a Dea sentada sobre la boca del escenario.

—Ursus — interrogó Dea en este momento — ¿dónde está Gwynplaine?

Ursus se acercó a ella sobresaltado y le acarició la cabeza. Dea estaba muy pálida. Con inefable sonrisa de desesperación, prosiguió:

—Ya se que nos ha abandonado. Partió. Bien conocía yo que tenía alas.

Elevando los ojos al infinito, añadió:

—¿Cuando iré yo?

XIV

Sueño y realidad

Barkilphedro lo dirigió todo. El fué quien mandó a la cámara de los suplicios al doctor Hardquanor, para arrancarle la declaración; él fué quien mandó ir por Gwynplaine para que el doctor le reconociera y, finalmente, fué él también quien dispuso la expulsión de Ursus, para apartar al nuevo lord de los que hasta entonces habían constituido su familia.

El cadáver que vió salir Ursus de la prisión de Chatam, no era el de Gwynplaine, sino el de Hardquanor, fallecido a consecuencia de las duras pruebas a que fué sometido.

Cuando Gwynplaine oyó de los propios labios de Hardquanor, la declaración de que él lo había desfigurado por orden del rey; cuando se vió rodeado de aparatos de tortura, ante un tribunal en funciones y un hombre en pleno suplicio, estuvo casi a punto de perder el conocimiento.

—¡Ah, esto es un sueño! — murmuró.

—Vengo a despertaros — dijo una voz a sus espaldas.

Era Barkilphedro que por primera vez se presentaba ante él.

—Repito que vengo a despertaros. Hace veinte años que dormís. Soñastéis y ahora ha concluido el ensueño. Os figurastéis pertenecer al pueblo y pertenecéis a la nobleza. Creísteis ser pobre y sois opulento. ¡Despertaos milord!

Tantas y tan acumuladas emociones, hicieron caer al suelo desvanecido a Gwynplaine.

Era ya de noche cuando Gwynplaine volvió en sí y abrió los ojos. Se hallaba echado en un diván, en una estancia regiamente decorada. Junto a una puerta, había un criado.

—¿En donde estoy? — pregunto Gwynplaine.

—Estáis en vuestra casa, Milord.

Confusión

Al día siguiente, Gwynplaine fué conducido a la Cámara de los Lores para ser hecho par de Inglaterra. Iba en una lujosa carroza y Barkilphedro que se había hecho su inseparable, le acompañaba.

Desde otro lado de Londres, partía una destartada carreta de volatineros, que se dirigía al muelle para embarcar en un barco velero hacia el continente.

Dió la casualidad de que a pocos pasos de la Cámara de los Lores, la carreta se atravesó en el camino y chocó con la lujosa carroza.

Barkilphedro se apeó a ver lo que ocurría y asomándose a la portezuela dijo al nuevo lord:

—Un maldito carro se ha atrevesado en nuestro camino. ¿Quiere su señoría dignarse ganar a pie el palacio?

Gwynplaine accedió y sin fijarse para nada en la carreta que les había cerrado el camino, siguió hacia la Cámara.

La carreta era el teatro de Ursus. Al ocurrir el accidente, el viejo vehículo sufrió unos desperfectos que Ursus se apresuró a arreglar.

En tanto, Homo había abandonado la carreta y poco después volvió, extraordinariamente agitado y agarraba a Dea por el vestido llevándosela, a la fuerza hacia la Cámara de los Lores. El fiel animal había seguido por el olfato el rastro de su amigo y quería llevar hasta él a Dea.

Gwynplaine, había sido ya presentado en la Cámara de los Lores y cumplía las formalidades prescritas para la investidura.

En el gran salón de sesiones los Pares de Inglaterra protestaban indignados de que un volatinero fuese nombrado Lord.

—¡Es un ultraje! ¡Un payaso en la Cámara de los Lores!

La llegada de la reina y la Duquesa Josiana que asistían a la ceremonia, acalló los rumores.

Poco después, Gwynplaine fué conducido a la Cámara con las formalidades de rigor, y uno de los secretarios dió lectura al acta de nombramiento, terminando con estas palabras:

—Lord Fernando Clucharlie, Barón de Clucharlie y Hunkerville, Marqués de Corleone de Sicilia... Sed bienvenido entre vuestros pares, los lores espirituales y temporales de la Gran Bretaña.

Pasado el primer momento de espectación, los lores empezaron de nuevo a exteriorizar sus protestas y la Cámara era un gran hervidero.

Dea había logrado atravesar las puertas y andaba perdida por uno de los corredores, cuando fué encontrada y reconocida por Lord David, que enterado de los acontecimientos quiso poner en ridículo a Gwynplaine.

—Venid conmigo, preciosa niña... Vamos a dar una sorpresa a Lord Gwynplaine y a asombrar a su Majestad la Reina.

Afortunadamente Barkilphedro andaba por

allí y pudo evitar que Dea, que tan cerca había estado de Gwynplaine, pudiera enterarse de que vivía.

Sin embargo, el instinto decía a Dea que allí le estaba reservada una gran sorpresa y se opuso a marchar, luchando con Barkilphedro y los soldados que acudieron a ayudarle. Por fin quedó sin sentido y así fué devuelta a Ursus.

—...Y siendo la voluntad de Su Majestad que Lord Fernando Claucharlie tome por esposa a Su Gracia la Duquesa Josiana...— había leído el secretario.

Por primera vez, Gwynplaine puso al descubierto su horrrrosa faz. Estaba intensamente pálido.

—¡Protesto!—gritó y en el rostro se marcaba su risa monstruosa.

—¡No contento con insultar a la Reina se atreve a refr en la Cámara! ¡No toleraremos semejante agravio!—dijeron algunos.

Hízose el silencio y Gwynplaine prosiguió:

—¡No se me forzará a ese odioso matrimonio! ¡Ni aún por mandato de la Reina!

—¿Como un payaso se atreve a rehusar la mano de una Duquesa? — exclamó uno de los pares más caracterizados.

—¡Un Rey me hizo payaso! — exclamó Gwynplaine.

—Pero una reina te ha hecho lord y harás honor al mandato de Su Majestad — replicó el par.

—¡Es cierto: una reina me ha hecho lord..!
¡¡Pero antes Dios me hizo hombre!!

Y entre la general consternación, Gwynplaine abandonó el salón, infligiendo a la Reina y a la Cámara el peor de los agravios.

XVI

Libertad

—¡Paso a un par de Inglaterra!—iba gritando Gwynplaine por los corredores.

Los guardianes se apartaban y le saludaban respetuosamente.

Así Gwynplaine pudo ganar tiempo, antes de que la Cámara se repusiera del estupor y lo mandasen detener.

—¡Perseguidle! ¡Perseguidle! —empezaron a gritar después por todos lados.

Pero ya era tarde. Gwynplaine había tomado una gran ventaja.

—¡Prended a ese hombre que se atreve a insultar a la Reina de Inglaterra!—iban gritando tras él.

El payaso se volvió y gritó a los que le perseguían:

—¡Gwynplaine, el payaso, vuelve a su miseria, a sus sombras, a su cielo...! ¡Id a decirlo a los que os pagan vuestras infamias!.

Venciendo todos los obstáculos que se le pusieron al paso, Gwynplaine pudo llegar hasta la posada.

El posadero, que fué quien le vió primero, quedó aterrorizado como si se hallase delante de un fantasma.

—¡Dea! ¿Dónde esta Dea? — preguntó Gwynplaine.

—¿Eres tú...? ¡Todos te creen muerto!

—¿Y Dea?

—Los desterraron de Inglaterra... Quizás llegues antes de que se hayan hecho a la mar.

Gwynplaine se vió de nuevo acosado por sus perseguidores y tuvo que ganar los tejados para escaparse.

Después, atravesando callejuelas logró des-
pistarles.

Era bien entrada la noche cuando el "Hombre que Ríe" llegó a los muelles. La niebla hacía más difícil la obscuridad. Fué recorriendo el río a lo largo del muelle, pero ninguno de los buques allí anclados estaba a punto de salir.

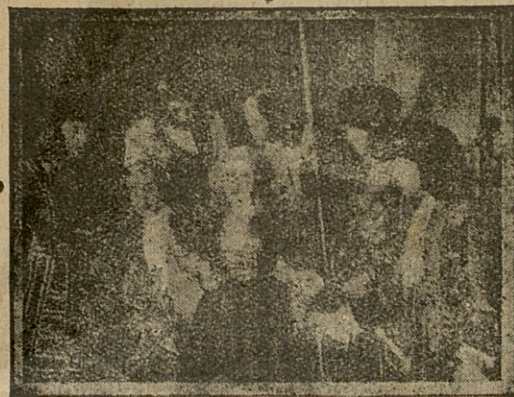
—Mis perseguidores vendrán de un momento a otro — pensaba mientras con la vista escrutaba las sombras.

De pronto vió un barco en medio del río, que estaba haciendo las últimas maniobras para salir.

—¡Dea! ¡Dea! — gritó con todas sus fuerzas.

Dea no le contestó, pero percibió claramente el aullido del lobo. Después oyó ruido de agua, como si se hubiera arrojado en ella algún objeto. ¡Allí estaban!

Unas voces que se oyeron tras él le hicieron volver la cabeza. ¡Eran sus perseguidores! Rápidamente, Gwynplaine se deslizó por



...y pudo evltar que Dea...

una escalerilla y ganó un bote que había abandonado.

En aquel momento, Homo llegaba nadando hasta el muelle. Viendo a su amigo en peligro, ganó tierra y se arrojó al cuello del primero que vió: era Barkilphedro. El hombre y la fiera lucharon brevemente y cayeron al agua donde poco después el cuerpo de Barkilphedro se hundia para siempre.

* * *

Gwynplaine subió trepando por una cuerda que le arrojaron desde arriba. Una vez en la cubierta le dijeron que Ursus y Dea se hallaban en la popa del buque y fué hacia allí.

El payaso divisó en la obscuridad una gran masa oscura: era la carreta y junto a ella, echada sobre un colchón aparecía Dea. Ursus estaba a su lado.

En este momento, se oyó una voz inefable que parecía lejana: la voz de Dea:

—Padre... No está aquí... Ahora es cuando soy ciega... No conocía la noche... La noche es la ausencia... Siempre tuve miedo de que volase porque comprendía que era celestial... y alzó el vuelo...

Gwynplaine no pudo oír y se presentó de improviso ante ellos. Ursus lanzó un grito, Dea adivinando lo que pasaba, extendió los brazos y Gwynplaine se arrojó en ellos.

—¡Dea!

—¡Gwynplaine!

—Sí, soy yo. Gwynplaine... El que tú amas... el que es tu esposo... ¡Yo, de quien tú eres la eternidad!

FIN

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona